

ACTUALIDAD Y VIGENCIA DE RAMON LLULL

FERNANDO DOMÍNGUEZ REBOIRAS
(Albert-Ludwigs-Universität Freiburg i. Br.)

Abstract

Llull was a medieval thinker who stood out for differing from the prevailing outlook of his times. Despite his vast output, Llull was a man of one single idea, of one single book. The key is contemplation viewed as the intellectual pleasure of understanding God and his work. Llull teaches how to understand the world through God on a twofold path of ascent and descent, and sees in man the *animal homificans* that integrates the sensory world into his spiritual world. Llull's foremost challenge was to find a way of expressing the personal experience that opened up his mind to contemplation and enlightenment. Ramon's "great Art" is a visionary activity that feeds on its ability to see and combine things in a way that is different from how they are seen before considering the necessary initial relationships that the Art itself proposes. Lullian philosophy bears within it the practical aim of converting the world into a Christian paradise. Even though he did not achieve his missionary goals, Llull founded a new logic, gave a name to a system, promoted a new view of science, and found a place for himself as a universal thinker. The unique fusion of understanding and believing the world that Llull proposed, rooted in Trinitarian theology, is connected with the philosophy of difference and was presented in its day as a challenge for Christians and Muslims alike.

1. DESPUÉS DEL «ANY LLULL». UNA REFLEXIÓN

De entrada quiero apuntar una reflexión en referencia a este año del centenario luliano con todas sus celebraciones y ecos mediáticos. No sé si hablo en nombre de todos los que llevamos muchos años dedicados al estudio de Ramon Llull, pero a mí me viene a la memoria aquella sutil frase del escéptico Jorge Luis Borges: «La gloria es una incomprensión y quizá la peor».¹ Tanto ditirambo, tanta frase hueca, tanto lugar común es seguramente la más pura y peor incomprensión.

1. «una ocasión de brindis patriótico, de soberbia gramatical, de obscenas ediciones de lujo», Borges (1971: 58).

Con ello no deja de ser loable lo que se vino haciendo ese año: intentar que todo el mundo comprenda a Ramon Llull, quién fue y lo que puede significar para nuestro presente. No obstante, hemos de partir de una evidencia: Ramon ha de ser necesariamente un incomprendido, pues fue un hombre que decidió adelantarse a la vanidad de todas las fatigas del hombre, acometiendo una empresa complejísima y de antemano inútil. Su personalidad se opone a lo trivial y a lo convencional. No es ni puede ser su obra algo de fácil acceso y de dominio común. Él mismo nos dice que no escribe para todos, sino para *maioribus et intelligentioribus* (para los más experimentados y para los más inteligentes).² Así de claro. La obra luliana es unilateral, plenamente apologética, exige la propagación de la fe cristiana y la conversión de los infieles, y aunque ha de ser una obra de amor, es, sobre todo, un duro trabajo intelectual.³ Ramon no pretendía que todos comprendiesen su obra, sino aquellos dispuestos a aprender su nuevo método o *Ars magna*, su *Arte grande*.

Ramon Llull, sin embargo, nos puede enseñar —algo nada evidente en nuestro entorno— que «pensar, analizar, inventar no son actos anómalos, sino la normal respiración de la inteligencia» (Borges 1971: 59). La Inteligencia, aquella dama, original personaje luliano,⁴ a la que hoy ya nadie acude

2. «cum maioribus et intelligentioribus Saracenis», *Liber de praedicatione* (ROL IV: 104). Su obra está dirigida a los «Saraceni sapientes», *Liber de Est Dei* (ROL XXI: 30). Para que así «sapientes homines, potentes intelligere id, quod de Trinitate beatissima dici potest, congregati de multis terris», *Liber de sancta Maria* (ROL XXVIII: 93). Pues «[...] 'ls sarraïns són en tal estament / que aquels qui són savis per forsa d'argument / no creen en Mafumet; ans tenen a nient / l'Alcorà [...] / si hom ab éls estava en gran disputament / e la fe los mostrava per forsa d'argument, / e aquels, convertits, convertrien la gent», *Lo desconhort* 28 (ORL XIX: 233). Y así «quoniam, si Sarraceni sapientes modum scient incarnationis et relationis cognitionem habent, supponerent incarnationem esse possibilem, quam modo supponunt esse impossibilem, quia de ipsa non habent cognitionem, et possibilitate supposita cum conditionibus, quas homo eis dare posset de incarnatione, secundum processum huius libri, plures Saraceni se conuertirent ad fidem christianam, cum ita sit, quod plures sapientes Saraceni sint, qui non credunt in Machometum, quia secundum uitam, quam ipse fecit, experientiam habent, quod non fuit propheta nec homo uirtuosus neque uerus», *Arbor scientiae*, XIII: De arbore Iesu Christi (ROL XXV: 590).

3. «i d'ací deriva el deure de començar per proposar la veritat, en primer lloc, als "savis" i als homes de cultura —als "intelectuals", diríem nosaltres— entre els infidels. És a dir, il·luminar els esperits per tal de preparar els cors a l'efusió de la gràcia: el que modernament s'anomena apostolat intel·lectual» (Sugranyes de Franch 1960: 276).

4. «domina mirabilis pulchritudinis atque formae, praetiosissimis induta vestibus [...] quod erat eius nomen [...] Intelligentia». *Liber de gentili et tribus sapientibus* (ROL XXXVI: 239).

para iniciar y dirigir diálogos o para buscar con elegancia el consenso necesario para una convivencia humana. Otros moderadores están de moda. Ramon Llull —iluso— creía en la posibilidad de construir un catálogo universal, un sistema que fielmente representaría todo el posible saber del mundo «según el orden de la filosofía y el llano camino de las razones naturales».⁵

Hoy, más que abrir brechas de comprensión en su hermética obra es necesario hacer ver que lo que Llull pretendía no se quiebra desde el, en apariencia abierto pero en realidad estrecho y único, pensamiento moderno. Los pocos que aún creemos en la formación humanística estamos convencidos de la necesidad de interpretar y rectificar el pensamiento actual desde la órbita del pensamiento antiguo y medieval, y no a la inversa: interpretar el pensamiento antiguo y medieval desde la superficial órbita de nuestros *smartphones*. En este sentido habla Borges de un desgraciado y «plebeyo placer del anacronismo o (lo que es peor) embelesarnos con la idea primaria de que todas las épocas son iguales» (Borges 1971: 51-52), cosa que el cine, la televisión y otros medios de comunicación nos muestran a diario, haciéndonos ver que la verdad histórica no es lo que sucedió, sino lo que desde nuestro presente juzgamos que sucedió o queremos que haya sucedido para nuestra tranquilidad y sosiego mental.

En el horizonte de las redes (más bien, enredos) sociales, todo ejercicio intelectual es finalmente inútil, pues todo se nos da hecho a medida de quien nos quiere hacer *homo consumens* y no *animal rationalis*. En nuestro tiempo, los instrumentos electrónicos facilitan mucho la custodia y la manipulación de la información. Aunque tal vez esta misma facilidad distraiga bastante de aquello que es esencial en un proceder científico, que aún sigue siendo religar lo disperso y darle un sentido. Cualquier doctrina filosófica, también la luliana, es, en principio, una descripción verosímil del universo, pero ahora, en el inmenso mar digital informático, es, si algo es, un mero capítulo —cuando no un párrafo o un nombre— de la historia de la filosofía que nos arrogamos comprender en pocas frases mejor que aquel que la formuló.

Creo que solo se comprende a Llull en toda su dimensión, revalorizándolo y alargándolo históricamente sin admitir rupturas en su vigencia. Riesgo y audacia de una fidelidad y servicio al personaje. Pero los que no admiten, por principio, la perennidad de una doctrina, no podrán aceptar la

5. «secundum ordinem philosophiae et viam naturalium rationum», *Disputatio quinque hominum sapientium* (ROL XXXV: 278).

validez de sus planteamientos. No es solo un quehacer filosófico sino una obligación inherente al historiador, quien, con todos sus inevitables prejuicios y deformaciones profesionales, suele tener, cuando en verdad lo es, algún criterio de selección, interpretación y ordenación del material para dar una visión completa y ordenada del personaje del que se ocupa, en su época y en su entorno; viéndolo en perspectiva y no con la inmediatez subjetiva con que cada cual contempla su propio pasado personal, por muy colectivamente (hoy se diría *globalmente*) que lo inserte. De una actitud y visión de presente y presencia puede salir el cañamazo básico para recoger una personalidad que, como todo individuo a quien vale la pena estudiar, siempre difiere de los usos y valores dominantes.

Pero Raymundus, y aquí está su primer mensaje, buscaba el asombro antes que la verdad. También se podría decir, en frase de Borges (1971: 24), que Lulio no buscaba la verdad, ni siquiera la verosimilitud, Lulio buscaba la percepción de lo real como maravilla, lo cual no significa que la metafísica luliana sea una rama de la literatura fantástica. Y así nos podrá parecer, a primera vista, que la maquinaria de Raimundo no funciona, aunque en rigor tal vez se deba pensar lo contrario, que funciona en exceso. Su máquina prolifera combinaciones (¿hasta el infinito?) y se lo pone difícil a quien se contenta con la superficie, con la simpleza de la frase hecha y hueca, sin ir al fondo cuestionándolo todo, cabalgando en la duda continua.

Pero pasemos sin más preámbulos a esta mi intervención, que pretende ser, precisamente, un prólogo a todo lo que competentes investigadoras e investigadores en estos dos días nos van a proponer. Después de tantos años en el duro banco de los estudios lulianos y ya jubilado de rutinarias empresas, me voy a permitir el lujo de dar rienda suelta a una visión muy personal, y no sé hasta qué punto real, del personaje al que dedicamos este congreso.

2. UN MUNDO INTERIOR: LA CONTEMPLACIÓN

Todos los que pretenden entrar en el pensamiento luliano, asustados por el volumen de su obra, piden, exigen quizá, un hilo de Ariadna que los introduzca y conduzca por aquel inmenso y, en apariencia, intrincado laberinto. ¿Por dónde empezar la lectura de este inmenso corpus?, ¿sería útil, siguiendo un orden cronológico, ofrecer una ayuda sistemática, ir colocando, ordenando cada libro por temas, tramas, argumentos? Intentos en este sentido ya se han hecho con mayor o menor acierto, pero no han sido satisfactorios y, a

mi juicio, del todo superfluos. Sencillamente porque la obra luliana es un todo, un bloque sin compartimentos estancos o zonas más o menos accesibles. Su plan, su sistema, quería ser total, general a todas las ciencias y saberes. En el fondo Lulio es un hombre de una sola idea, de un solo libro.⁶

Porque la primera extrañeza es constatar cómo un hombre que se propuso escribir un libro, UNO, «el mejor del mundo», terminó escribiendo más de 250. Tomando en serio este propósito, que él explica convencido en su *Vita* (ROL VIII: 275-276), y viendo el resultado final, obliga a plantearse si su obra en el fondo es ese único libro, una sola idea expuesta de muchas formas en muchos escritos.

Pues sí, en efecto, después de una lectura atenta, detrás de este abrumador número de obras hay solo una idea fija expresada en múltiples variaciones. Aceptando este supuesto, está claro que toda explicación coherente de la obra luliana exige del intérprete un enorme esfuerzo de síntesis y una visión global nada fácil de formular pero que se hace, después de cada nueva lectura, más necesaria y evidente. Quizá está aquí, en este hecho indiscutible, la razón de todos los rechazos y entusiasmos que motivó su obra a lo largo de setecientos años. Quien intuyó o captó esa idea y siguió su hilo, entendió a Raimundus Lullus, el que no lo hizo así, no comprendió nada o comprendió mal todo.

Me parece útil y viable dar alguna pista para meterse sin naufragar en este mar de sabiduría. Intentar apuntar alguna idea que pueda ser llave y puerta para comprender o, al menos (permítaseme el término), meter las narices en su inmenso opus con cierto provecho. Es un intento. Nada más.

El lector de nuestro siglo, de tanta fachada, ruido y apariencia externa, tiene que tener claro que adentrarse en unos textos escritos entre los siglos XIII y XIV no es tarea fácil. El primer aviso a navegantes es una frase lapidaria y archirrepetida de Agustín de Hipona, un filósofo que determinó, como ningún otro, el pensamiento occidental durante muchos siglos: «No te vayas fuera, vuélvete a ti mismo, en el interior del hombre tiene la verdad su casa».⁷ Esta frase, lugar común en el vocabulario filosófico occidental, se puede expresar también de forma existencial, breve y castiza:

6. «Ramon Llull fue hombre de una sola idea [...] idea fija que determinó tan radicalmente la personalidad del maestro mallorquín», Gayà, Introducción a *Félix o Libro de maravillas* (2016: xxxiii).

7. «Noli foras ire, in teipsum redi, in interiore hominis habitat veritas. Et, si tuam naturam mutabilem inveneris, transcede et teipsum» (Aurelii Augustini, *De vera religione*, 39,72).

Cuando me encierro conmigo
 Y echo la llave por dentro
 Es cuando de veras vivo.

Este puede ser un primer indicador para comprender el engranaje mental de Ramón. Entender y comprender cualquier aspecto de la realidad comienza por un camino hacia adentro. La contemplación es el camino real para todo entender y, a la vez, como reflexión profunda, es la base de toda racional actividad. Vida activa y contemplativa se complementan en una unidad inseparable. Pero «contemplación» no es, como el sobado término actual pudiera insinuar, mirar a las musarañas, mirar hacia algo ausente a uno mismo, en la arcadia del presente, fuera. El fin primario de la contemplación es la comprensión de todo desde la comprensión de la propia existencia, entendiendo todo desde la reflexión e interiorización del propio yo. Lo más sencillo se muestra difícil. La reflexión contemplativa exige recorrer largos caminos; el primer paso, el más difícil, es comprender y reconocer el punto de partida. Los primeros capítulos del gran *Libro de contemplación en Dios* son, por eso, como el prólogo y la base para la comprensión de toda la obra luliana (Ricklin 2011).

Y la contemplación, aparentemente ajena a nuestras necesidades primarias de nuestro esencial quehacer existencial es, de entrada, difícil de realizar en nuestras ocupaciones cotidianas. Para Lull esa contemplación es, además de imprescindible, un placer, el delicioso «placer intelectual de entender». En este «placer» está el meollo y quintaesencia del sistema luliano y en esa profunda y alegre convicción tiene sus raíces aquel increíble optimismo y la razón última de su imparable actividad. El entendimiento es «la mejor criatura que Dios quiso crear».⁸

Porque lo primero que busca el contemplativo es entender lo que somos y lo que hacemos si queremos llegar a saber lo que el mundo es. La filosofía luliana es, sobre todo, una interpretación de la (propia) existencia. Solo a través de la propia interioridad, lo que uno mismo es, se puede llegar a conocer todo lo que es externo a uno mismo. Lull, diciendo yo entro en mí mismo y encuentro la explicación de todo el mundo, se muestra como

8. «E qui no vol husar de enteniment, en ço que'n puria entendre, no vol husar de la mellor creatura que Deus a vulguda crear, ni vol haver lo excellent plaer qui l'anima ha per entendre, ni ha temor de la tristicia en la qual cau l'anima per innorar», *Romanç d'Evast e Blaquerna*, cap. 38 (NEORL VIII: 197).

primer testigo del poder del yo, de la moderna subjetividad descubridora de la creatividad sin fronteras del individuo entendiéndose como tal. Una comprensión de la realidad como cumplimiento de una necesidad de unión entre lo externo y lo interno en un lugar y en un tiempo concretos. Un éxtasis en el que no se abandona el cuerpo sino donde el propio cuerpo se comprende y siente como una parte del mundo. Esta introspección comienza por la simple consideración de lo que nos rodea: la propia personal realidad humana que se ha de constatar como parte del mundo sensible e imaginable que se percibe como espejo de otra realidad superior que la sostiene y le da su razón de ser.

Esta realidad se entiende como resultado de la operación creadora de un Hacedor y, como todo efecto, lleva las huellas de su causa, todo lo que vemos a nuestro alrededor «está significando», lleva el signo de esa realidad superior (Gayà 1995). Esta visión del mundo —tan espiritual— la comparte Lulio con todos sus contemporáneos no solo cristianos, sino representantes de otras religiones. En ella ve Llull una vía de cohesión entre todo ser humano por encima de creencias y vivencias. Una vía que había de ser una elaboración intelectual siguiendo la misma naturaleza con el fin de percibir los caracteres comunes a toda la especie humana. O bien, la exigencia de un cristianismo que toma toda la realidad como imagen y palabra de Dios. La certeza de la unidad de todo lo que existe transmitida a través de una conciencia viva e igual del ser humano en el espacio y en el tiempo.

El ser humano, como parte de esa realidad creada y por su capacidad de sumergirse en la contemplación, juega así un papel especial y decisivo pues participa de dos realidades, la sensible y la espiritual. El hombre puede llegar a conocer de alguna manera la realidad espiritual e integrar toda la creación en ese viaje interior. La unidad esencial del hombre: unidad del ser, antes que división en alma más cuerpo, y unidad de acción. En esa introspección el espíritu se hace, se percata de su cuerpo para realizarse en él. Por su corporeidad está el espíritu presente en el mundo, en constante interacción. Por esa unidad los sentidos son también espirituales. Además el espíritu es una fuerza ascendente, concentradora y unificadora. Recibe lo sensible y lo humaniza, lo universaliza, lo organiza. El espíritu es el poder supremo del hombre. Pero Llull lo ve inmediatamente corpóreo: siente el cuerpo, no como condena a cárcel perpetua, no como lastre, sino como vocación auténtica de su ser.

Lo más moderno en el pensamiento luliano es, quizá, esa función fundamental que corresponde al ser humano: la tarea de humanizar el mundo

sensible integrando las criaturas en su mundo espiritual a través de la *contemplatio*. Y así es el *homo un animal homificans*. Lo que hay detrás de esta frase es verdaderamente relevante y ofrece una interpretación moderna y profundamente actual de la función del hombre en el universo.⁹

Importante es que el hombre ha sido creado por Dios y tiene como finalidad recordar, entender y amar a Dios. Este es el mantra de Lull, la lección luliana, la base y fin de toda actividad humana. El sentido de la vida es la comprensión de todo el universo a través de Dios que se ha manifestado en ese mismo universo. Pero el aspecto más luliano de esa visión es que el ascenso nos permite un descenso fructífero y eficaz para nuestro entender. Podemos llegar a Dios a través de las cosas, pero sobre todo, y esto es lo más decisivo del pensamiento luliano (¡su iluminación!), podemos conocer mejor las cosas si las vemos a través de Dios.

Hay un cambio total de escenario en la contemplación luliana: en cierta manera detrás del producto aparece el productor, el yo de Raimundo que dice: mirad, todo esto lo he pensado yo después de haber encontrado al Altísimo en mi interior (*contemplació en Déu*). Un amanecer que abre esperanzas para un largo día, para un largo caminar: un yo que piensa y cuenta en aquel largo libro su experiencia. Un yo, director en el teatro del mundo, que hasta ahora solo se consideraba espectador humilde, figura en el patio de butacas, recibe las inmensas riquezas que le proporciona el cielo a través de su entender y se hace actor; pero lo que él piensa son sus pensamientos, está en sus manos pensarlo. Las cosas pierden su misterio y su lejanía, las dignidades divinas están aquí cerca, son parte del todo y a través de ellas se puede pensar todo. Comienza el camino del artista para convertirse en un actor, en un hacedor; pero sobre todo las verdades están ahí para ser realizadas para hacerlas vida y expresión humana.

¿Qué es el ser humano? Lull creyó encontrar la respuesta a esta pregunta con la simple fórmula «yo pienso», pero no en el sentido cartesiano, «yo pienso luego existo», sino en la frase al revés, «existo luego pienso» el mundo, mi entorno, como producto de acciones que primero Dios y luego

9. Lull no se cansa de repetir que la posición privilegiada del hombre en el cosmos es una especial gracia divina: «Et sic duobus modis magnam gratiam fecisti: Unam, in quantum sibi dedisti caelum, elementa metalla, plantas et animalia bruta ad suum servitium. Et etiam gratia alia, quae multo maior est, scilicet ut cum creaturis homo habeat officium ad te laudandum et ad serviendum tibi et regratiandum», *De contemplatione Raimundi*, op. 70 (ROL XVII: 39). Vid. mi introducción al *Liber de homine*, ROL XXI: 119-140 y Domínguez Reboiras (2015).

el hombre realiza. La historia no es un sucederse casual sino un algo por hacer, obra de un sujeto racional siempre y necesariamente en acción con un objetivo concreto: hacerlo todo más racional, más humano; el yo pensante personalizado como corazón del mundo. Ese es el meollo de su inspiración o iluminación y la causa de su conversión: él, Ramón, puede y no tiene otra opción que hacer que todo siga el ritmo marcado por el creador, en el que ese creador ha puesto una función al ser humano. Su repetida idea del hombre se puede traducir al lenguaje moderno: el hombre tiene como destino y función en este mundo seguir el proceso marcado por Dios a la creación, a saber, humanizarla. El yo humano es la fuerza motriz de ese proceso y está obligado a participar en el círculo en la dinámica de ese activismo porque está necesariamente encerrado en ella. Tiene la libertad de colaborar o de ponerle palos a las ruedas. Nuestra posición en el mundo es así de variable: participar en la actividad o hacer oídos sordos a esa dinámica, a esa preestablecida actividad. El mundo es producto y se mueve en un continuo hacer y hacerse. Yo me integro en ese proceso y en ese proceso está mi razón de ser. Toda la realidad tiene como fuente un hacer divino (diferenciado en sus dignidades) y yo, mi yo, puede y debe entrar en ese proceso y, necesariamente también, toda la realidad que no es mi yo, las cosas de este bello y, a veces, puñetero mundo. Proceso inevitable que es mandamiento y placer. Los límites están marcados no en mi propio ser sino en la posibilidad de oponerse a ese proceso que la maldad y la libre decisión hacen posible. Todo está destinado al bien, al camino real de la acción divina. Pero el hombre mismo tiene en sus manos oponerse y negarse a aceptar la amplitud infinita del hacer divino, a integrarse en ese proceso humanizador.

La inusitada planificación del activismo luliano solo se puede comprender a través de esta visceral e iluminada concepción de un ser que activamente participa de la creación como parte del designio creador divino. Su visión universal y omnicomprendiva está en el fondo de cualquier frase de su obra y su obra solo se comprende en este impulso inicial del converso iluminado.

3. LA MISIÓN: MOSTRAR UN MUNDO ILUMINADO, CERCANO, BELLO Y SOLIDARIO

En su autobiografía nos dice que ha tenido una vivencia intensa, algo que le ha impresionado. Una fuerza interior le ha convencido de la necesidad

de fundamentar intelectualmente aquella experiencia, aquella idea, aquella ocurrencia original, dedicándose a un estudio profundo para empujarse hacia la expresión adecuada y certera.

Lulio peregrinó en busca de la fórmula, tanteando frases, desechándolas porque no se ceñían a la experiencia inicial. En un momento —su iluminación en el monte Randa¹⁰— brotó la convicción de haber encontrado la expresión plena, redonda e irreformable. Al final de una búsqueda dolorosa acertó con la expresión definitiva, ya no espontánea, sino fruto de un largo estudio y reflexión. Lulio terminó encontrando su fórmula mágica, su *Arte grande*, y la consideró cierta, aunque la fue reformando y adaptando en el duro bregar de la propia experiencia comunicativa.

Una conciencia de sí mismo como parte ineludible del mundo que deriva en una manera nueva de observar la vida misma, la propia y la vida en derredor, porque el lenguaje de Lulio —no sé si lo logra, pero lo pretende— quiere comunicar y comprenderlo todo, porque todo tiene nombre y el mundo parece consistir o ser construido frase tras frase, palabra tras palabra, que van dando forma a una cosa que no se comprendía bien y que se va creando y construyendo verbalmente, a base de signos claros y matemáticos con ayuda, sí, de una «máquina» de pensar. Una herramienta con la cual las palabras van construyendo, dando forma a las cosas y no al revés.

No se puede encontrar una personalidad del siglo XIII-XIV más diáfana que pueda servir como representación y expresión de aquella época. La impresionante y eficiente diferenciación de saberes, todo el nerviosismo, toda la inquietud y desasosiego de aquellos fecundos siglos para el desarrollo de la ciencia se reflejan en Llull como en un espejo. Todo es indagación, búsqueda y descubrimiento en todas las ramas del saber. Pero en Llull, por su formación y sus ansias, no todo es magistral: se encuentran las debilidades de un escribir sin pausa, en apurada reflexión, que lima y se corrige, quizá ya, en el próximo libro. Pero fue Raimundo una persona segura, decidida en su camino, que no se salía del raíl de su método o *Arte*.

A pesar del trote épico de algunas obras, nunca trata Llull de contar historias, sino la historia de sus encuentros y desencuentros con la realidad, con el mundo real y sensible, espejo de otros mundos que se enfrentan y que luego —según él— necesariamente se encuentran y se unen. No nacen sus libros de una tradición filosófica teórica y analítica, sino del encuentro in-

10. *Vita coaetanea* 14-15 (ROL VIII: 280-281).

mediato con una realidad que se va explorando y abriendo a través de la reflexión dictada por la observación del entorno que tanto más se abre cuanto más se amplía la visión y el horizonte. Una visión y un horizonte que siempre se pretende analizar desde dentro y desde arriba, desde la otra dimensión, desde lo general a lo particular, desde sus dimensiones abarcadoras. Lo que cuenta no se lo inventa, sino que lo va descubriendo poco a poco como un tesoro escondido, como el que pule la piedra desde su forma primitiva, la del encuentro inicial.¹¹

¿Era Ramon Llull un autodidacta laico no ilustrado? Aún hay quien piensa —ruda ignorancia— que aquellos hombres medievales estaban sumidos y embobados por supersticiones y por todas las idiotas ideas que queremos ver como exclusivas de aquella maravillosa y transfigurada Edad Media. Comprendamos, por fin, que ellos —al contrario de nuestras telebasuras y nuestra íntima superficialidad— intentaban penetrar en lo más hondo de nuestra existencia, buceando en lo más profundo de nuestro ser.

Tanto la biografía como las obras de Ramón son expresión de una imperiosa necesidad de definirse y comunicarse. Víctima de su tiempo, un tiempo más parecido al nuestro de lo que pudiésemos a primera vista suponer. Y Llull cuestiona su tiempo y su entorno para ir descubriendo los primeros signos de una nueva visión del mundo ideada desde dentro, desde el propio yo, algo que se fue afianzando en la filosofía posterior.

Es una paradoja que en nuestra vida diaria seguimos siendo nosotros más «medievales» que él, porque nos negamos a poner en entredicho todo lo que él ya dudaba, reaccionando constantemente a lo que nos viene de fuera en lugar de actuar desde la entraña de nuestro propio pensar. En este mundo mediático seguimos creyéndonos todos los cuentos que ya él no se creía. Afianzado estaba él en la búsqueda y captura del pensamiento individual fuera del estúpido colectivismo y monismo mental que nos rodea, negándo-

11. «Aunque yo sea un hombre de pocas luces y baja condición, mediante la gracia de Dios es posible que así como un pastor o un cazador pueden encontrar en el campo una piedra preciosa y llevarla luego a un orfebre para que la limpie y embellezca mostrando y reluciendo toda su posible singular hermosura, así encontré yo con la gracia de Dios las susodichas verdades [...]», *Declaratio Raimundi per modum dialogi edita...*, op. 74 (ROL XVII: 401). Del hallazgo de una piedra preciosa habla también el *Llibre de contemplació en Déu*, cap. I, 1-3 (NEORL XIV: 27). Sin que Llull lo indique expresamente, se refiere aquí a la parábola de Jesús (Mat 13, 44-46) para luego hacer notar que el hallazgo de una «cosa finida» no se puede comparar con el descubrimiento de una «cosa infinida».

se —como loco— a la inconsciente aceptación de todo lo que en la plaza se decía, una plaza más común y colectiva hoy que entonces. Ramon Llull es un pensador original y crítico, más fácil de ser en aquel tiempo que ahora donde las rejas nos marcan y agobian, nos encadenan más y con más fuerza, donde era más fácil pensar por cuenta propia sin el apabullante poder de los altavoces que nos rodean y nos impiden pensar para hacernos más dóciles a sobadas consignas, un mundo que las pantallas, presentes hasta en nuestros bolsillos, nos dan filtrado y hecho a la medida de otros, sin posibilidad de verlo en su elemental, sencilla y contemplativa dimensión individual. Ese maravilloso y fascinante mundo digital hábilmente dirigido a dificultarnos e impedirnos entrar «en lo más interior del ser humano». Allí donde siempre entra la duda y todo se cuestiona para espanto y desasosiego de los que nos quieren rebaño.

Así lo supieron ver sus seguidores y admiradores: Raimundus Lullus —*homo sapiens*— nos enseña a cuestionarlo todo, a descubrir los primeros signos de una nueva visión del mundo desde dentro del mismo hombre y desde arriba. Una visión que se fue afianzando en la conciencia del hombre moderno pero que, paradójicamente, en la vida diaria y colectiva del *homo consumens* sigue brillando por su ausencia. En nuestra incapacidad de pensar, en nuestra inconsciencia y en nuestra rutina, puede ser que, frente a aquella época que se nos quiere presentar como una improductiva caverna, seamos ahora —repito— más «medievales» que Ramon, porque nos negamos a rechazar de cuajo todo lo que él ya encontraba perverso y sin razón alguna. Ramon Llull, totalmente enraizado en su experiencia personal, era un absoluto pionero en la búsqueda incansable de nuevas formas, nuevas posibilidades de expresar una nueva visión de Dios y del mundo con el hombre de fondo.

El sentido profundo de su escritura es la misión. Misión que significa para Ramon conseguir que todos crean en lo que él cree. Una creencia que él ha llegado a comprender, después de un largo e intenso estudio, como la única viable dentro de una coherente ontología, lógica y ética. Y por ser una profunda racional convicción es, a la vez, un fundamental motor de todas sus reflexiones y escritos. Después de setecientos años, ahora, en nuestro presente, para el hombre de hoy y su tolerante visión del mundo, donde caben y se respetan todas las opiniones, a las que se les obliga —con mayor o menor éxito— a vivir en paz y concordia, la visión luliana que pone en primer plano una acción proselitista nos resulta inaceptable y totalmente anacrónica. Sin embargo, la convivencia entre ideas filosóficas y religiosas no se puede regir por criterios relativistas. Como bien apuntó Schopenhauer, ar-

tistas y literatos pueden convivir en paz y concordia admitiendo cada uno lo que los otros producen; los filósofos, en cambio, solo pueden defender la verdad de su ideario descalificando como falso o insuficiente el de su adversario. Sin la convicción de haber descubierto algo nuevo y decisivo que descalifica todo lo anterior no existe un diálogo filosófico fecundo. El problema de la convivencia y del fundamentalismo no radica en la defensa a ultranza de las propias ideas, sino en la capacidad de discutir las sin demonizar o aniquilar al adversario. Luchar por una idea machacando las del otro, sí, pero de ninguna manera machacando al otro. Así pensaba Ramon Llull. Esta «intransigente» convicción de poseer la verdad hace de él un filósofo y no un literato. La intransigencia de su ideario es el cuño de su filosofía como lo es de cualquier otro sistema filosófico. La creación literaria es, por ello, secundaria. En términos lulianos, no es su primera intención, es solo una posibilidad de comunicar su pensamiento filosófico.

Llull ha tenido una vivencia intensa, ha cabalgado sobre una idea, una ocurrencia original, una fuerza interior, una profunda reflexión, y esa vivencia lo empujó naturalmente hacia una expresión que él consideraba más adecuada, aunque nunca totalmente certera. La escritura luliana no duda del contenido de su mensaje, pero su obra es una lucha por la forma justa de decirlo, una peregrinación en busca de la fórmula exacta, tanteando conceptos, formulándolos y desechándolos cuando descubre que no se ciñen, que no son la expresión correcta de su vivencia original. Desde el principio hasta el final —y de ahí su valor y belleza—, la escritura luliana es una búsqueda dolorosa para acertar con la expresión definitiva de su vivencia fontal. Creyó encontrarla y recurrió, consciente y seguro, a unas fórmulas nuevas para expresarla, sabiendo la novedad de su vivencia y la originalidad de su mensaje, que él, en resumidas cuentas, consideró siempre —como todo proceder científico revolucionario, marginal o místico— una pálida aproximación a su profunda e inefable experiencia. Dolores y triunfos por encontrar la recta palabra son sus escritos. Lucha con el lenguaje en todas sus dimensiones. Su actividad literaria fue un continuo indagar, tantear, compulsar, desechar y acoger la vivencia primera de su iluminación, aquella, cuando miraba las estrellas en el monte Randa, iluminación divina que fue pauta y guía de toda su obra.

La experiencia busca la expresión lingüística, por eso Llull fue extremadamente sensible al factor lenguaje y conoció a fondo sus recursos. Fue una ciencia estructurada de nuevo en cada obra. Una herencia dinámica, nunca estática aunque aparentemente definitiva, un hablar pensado y una

lengua viva, modulando su ciencia y dejándose modular por ella. Una búsqueda en apariencia fácil y fluida pero enormemente insegura y trabada en un trabajo diario según las exigencias de sus distintos destinatarios.

Porque no conocemos la realidad circundante a través de unos principios generales elaborados por nuestra razón, sino a través de unos principios que son realidades superiores y absolutas que están ahí necesariamente, que son antes que el hombre las haya pensado. Este «descender» al conocimiento de las cosas a través de un conocimiento de Dios exige la posibilidad de conocer a Dios, el ser absoluto, que no puede ser conocido por nuestro limitado entender en su esencia, pero sí a través del hacer de sus atributos o «dignidades». Estas «dignidades» no las conocemos como son, sino en sus operaciones que se reflejan en la realidad sensible. Ellas son los principios y las razones de todo lo que es y son los principios para la explicación exacta de todos los procesos del ser y del conocer. Ascendiendo de la realidad sensible llegamos a conocer y entender la estructura del proceder divino, y descendiendo del proceder divino aprendemos a conocer y entender las cosas en su más mínima e interna realidad. Todas las ruedas y todas las figuras lúlianas son la explanación gráfica de este proceso cognoscitivo.

Este claro proceso de conocer la realidad divina a través de los principios del ser y del conocer significa, fundamentalmente, que no necesitamos textos sagrados que nos expliquen la interna realidad divina y su operación externa. No quiere decir, sin embargo, que esos textos sean superfluos o innecesarios. Quiere decir que Dios no solo habló *al* hombre, sino que habla *en el* hombre, en su interior, en su entraña, en lo más profundo de su ser, y es la razón de su existencia. Solo podemos comprender lo revelado como realidad propia como el Dios en nosotros. Lo fundamental de la contemplación es pasar a comprender la verdad no como un corpus de juicios ciertos, de certezas, sino una forma de existir.

Ese conocimiento es universal y está por encima de cualquier creencia. Los libros sagrados, don divino, son una gran ayuda, una oferta imprescindible en el camino del conocer. Son un regalo, el umbral, un portal que nos abre y marca el camino de nuestro conocer. La fe nos trae a la memoria esa realidad que luego podemos entender para mejor amar. Entendiendo la realidad divina a través de los principios del ser y del conocer podemos llegar a comprender mejor esos textos sagrados.

Raimundo actúa solamente por la dinámica de sus propósitos, que son a su vez, expresión de un sueño, una aspiración, un ideal: convertir el mundo en un paraíso cristiano. Pero su vida, puesta al servicio de ese empeño

verdaderamente singular e insólito, fue, desde la perspectiva del logro de sus propósitos, un fracaso total. Está claro que ni pudo liberar la Tierra Santa ni convertir a la masa de judíos y musulmanes, ni siquiera —lo que hubiese sido teóricamente más viable— echar de las aulas de la universidad a los maestros «averroístas». Pero Raimundo, en su incansable peregrinar para conseguir sus propósitos, hizo filosofía, aunque la hizo por razón de unos fines más altos, ajenos quizá a la filosofía misma, más «prácticos» y extraños a la pura especulación. En fin, Ramón no filosofa por filosofar. Pero eso no significa que Llull no sea un gran filósofo, aunque entrase en la filosofía, digamos, por la puerta de servicio, poniendo la mira en algo extraño y ajeno a nuestra visión de la ciencia y de la filosofía.

Y, sin embargo, es preciso, si queremos llegar al centro y razón de ser de todo su discurso, «olvidar» las pertinaces motivaciones de su biografía, prescindir de todos los accidentes pintorescos de su aventura vital y fijarnos directamente en su doctrina, y en ella buscar su médula, su «arranque filosófico» (en acertada expresión de Jordi Gayà).¹² Relegando aquellos sus objetivos misionales y sin perdernos en el laberinto de sus figuras y combinaciones o en las casillas de su *Tabula*, su tablero, donde tantos tropiezan, queriendo estudiar la corteza y dejando el fruto que está dentro escondido, donde tantos toman el esquema por la idea y el signo por la cosa significada. Hay que plantarse ante su obra como lo hicieron, después de muerto Raymundus, todos aquellos que captaron el profundo significado de su revolucionario pensar y se entusiasmaron por su ideario, sin preocuparse lo más mínimo ni de sus proyectos misionales ni de sus ruedas, penetrando en la alta sabiduría que se esconde bajo esos velos, atravesando «la mécanique et la rhétorique de la carcasse “artienne” [...] le formalisme des trilogies et des symétries»,¹³ porque no era una filosofía destinada a morir en números y letras o en las improductivas discusiones de escuela. Era una filosofía que volaba más alto que su método.

Si no consiguió sus objetivos misionales, logró, en cambio, otra cosa que, con toda seguridad, no se proponía: fundar una nueva lógica, dar nombre a un sistema y abanderar una nueva visión de la ciencia e inscribirse como pensador universal en los anales de la historia de la filosofía.

12. Gayà (1996).

13. Jankélévitch, Préface a Sala-Molins (1974: 5).

4. EL MUNDO EN UN TABLERO: LA *TAULA GENERAL* Y LA DIMENSIÓN (¿INFINITA?) DEL *ARTE GRANDE*

El primer contacto con Ramón nos anuncia el obstáculo inapelable de sus figuras y su enrevesada forma de expresarse: su *Arte grande*. Un sistema que había de servir y solo se comprende como un método para explorar desde una perspectiva única (las «dignidades» divinas) todas las posibles (infinitas) realidades mundanas. Todo se construye y se basa siempre en el primer descubrimiento de inamovibles principios y decisivas estructuras mentales que, al mismo tiempo, cuestionan cualquier conocimiento posteriormente adquirido. La ciencia, por lo tanto, no se funda en la seguridad, sino todo lo contrario, en una incertidumbre radical sobre nuestro propio conocimiento, o, de forma equivalente, una aguda conciencia de la inmensidad de la ciencia y la magnitud de nuestra ignorancia. El *Arte grande* se basa precisamente en formular y contestar un sinnúmero de preguntas. Es cuestionamiento continuo de cualquier verdad parcial que no se mida con las verdades y principios divinos. El universo está lleno de misterios y es fuente de asombro y emociones.

El *Arte* es, ante todo, una actividad visionaria. Se nutre de la capacidad de ver y combinar las cosas de manera distinta de como las veíamos antes de considerar esa necesaria relación inicial. Esto significa que para Ramon Llull en el mundo no hay cosas sino acontecimientos relacionados entre sí. La ciencia no es solo lo que hemos descubierto hasta ahora, sino el proceso continuo de descubrir y de entender a través de infinitas combinaciones. Pero eso viene a significar, en resumidas cuentas, que la ciencia, así entendida como tal proceso combinatorio no es solo una actividad técnica, sino, sobre todo, una manera de entender el mundo.

El *Arte grande* es aparentemente confuso, porque es sobre todo apertura a algo nuevo, imaginación, ardor y pasión. Para Llull la ciencia no es solo el conjunto de cosas que hemos descubierto, sino la aventura de seguir descubriendo. El ser humano se ha hecho una imagen (perversa, diría él) del mundo¹⁴ que le permite vivir en él, pero que no tiene nada que ver con lo

14. Son numerosos los lugares en que Llull declara «el estado perverso del mundo pues no sigue el fin para el cual fue creado», casi siempre en el prólogo de tantas obras. Por ejemplo: *Ars amativa*, op. 46 (ROL XXIX: 120); *Disputatio eremitae et Raimundi*, op. 76 (MOG IV: int. iv,1 [225]); *Liber super quaestiones Magistri Thomae Attrebatensis*, q. 44, op. 84 (Opera parva V); *Liber de civitate mundi*, op. 250 (ROL II: 173). En el *Liber de voluntate*, op. 110 (ROL XX: 246)

que es y debe ser realmente. Nada hay fijo en el mundo, todo es relacional. Todo está determinado por su relación con los primeros principios del ser y conocer: las «dignidades» divinas. Para Llull las cosas en sí mismas, sin relación a las otras, son nada. Todo está en relación con los demás componentes por su divino origen común. Se ven las cosas como nudos en una red de relaciones.

En un breve y luminoso artículo, el físico Carlo Rovelli presentó recientemente el *Arte grande* en una dimensión universal, moderna y novedosa.¹⁵ En esa visión del filósofo Raimondo Lullo se intuye y funda su actualidad, su presente como genial precursor de postulados científicos modernos.

Según Rovelli, la influencia del extraño sistema luliano, su *Arte grande*, aunque a primera vista no lo parezca, ha sido amplísima. Una no pequeña parte del pensamiento y de la tecnología moderna tiene sus raíces profundas en el *Arte grande* de Raimundo, lo cual hace del gran pensador mallorquín una de las voces más originales e influyentes del Medioevo europeo. Giordano Bruno y Montaigne, dos de los pensadores que están en el umbral de la modernidad, se han inspirado en él, pero sobre todo ha sido Leibniz quien ha retomado la esencia del *Arte grande* luliano, limpiándola de «aspectos medievales» tratando de buscar una lengua racional universal, rebautizándola como *ars combinatoria* con el objetivo de traducir la entera racionalidad en términos de cálculo.¹⁶ La primera máquina de calcular ideada por Gottfried Wilhelm Leibniz, reconocida progenitora de to-

le llama «dolor de mundo, quo modo in perverso statu est», y en el *Liber de fine*, op. 122 (ROL IX: 250), no le ve remedio inmediato y cree que la situación va siempre a peor: «Cum mundus in malo statu diu permanserit, et adhuc timendum sit de peiori».

15. Rovelli (2016). Carlo Rovelli (Verona, 1956) es un ilustre físico teórico con una amplia formación humanística que reside y trabaja en Francia; amante de la historia y filosofía de la ciencia, experto estudioso de la física cuántica, ha escrito libros de divulgación con enorme eco mediático.

16. No solo Rovelli, sino también un buen número de investigadores piensan que la lógica de la relación de Leibniz está inspirada en Llull y que hay una relación directa entre el *Ars magna* luliano y el *ars combinatoria* de Leibniz. El *ars luliana* es interpretada como un tipo de pensamiento automático, una especie de mecanismo conceptual que, una vez establecido, funciona por sí mismo. Un análisis crítico de las diferencias de fondo entre el proyecto luliano comparado con el leibniziano y las distintas opiniones sobre el mismo en la reciente bibliografía luliana lo ofrecen Muzzi & Calpe (2016). Bien lo resume Umberto Eco: «Quello che è evidente è da un lato l'ispirazione cabalistica e lulliana, dall'altro il fatto che Lullo non avrebbe mai osato pensare alla producibilità di tanti enunciati, poichè gli interessava dimostrare solo quelli che riteneva veri e inconfutabili. Leibniz è invece affascinato dalla vertigine della sco-

das las modernas computadoras, es una directa aplicación del *Arte grande luliana*.¹⁷ Pero la misma idea, afirma también Rovelli, está también en la base del desarrollo de la lógica moderna, pensada como gramática universal de la racionalidad, desde Friedrich Ludwig Gottlob Frege al positivismo lógico.¹⁸

Para documentarlo pone Rovelli un ejemplo, quizá marginal: los grafos, imágenes que codifican el modo en el que un cierto número de elementos están conectados entre sí, son, en las ciencias matemáticas, en las ciencias de la computación, en la física moderna e incluso en la sociología, un instrumento técnico central. Esos grafos permiten cuantificar y abstraer relaciones complejas, de manera que cualquier estructura relacional puede representarse gráficamente. Los grafos, es decir, la representación simbólica de los elementos constituidos de un sistema o conjunto mediante esquemas gráficos, son un invento luliano, la esencia de su *Arte grande*.

El fundamento de la extraña potencia del *Arte* combinatoria es un hecho simple. Un hecho que ya, hace más de mil años, nos relató bellamente el gran poeta persa Hakīm Abol-Ghāsem Ferdowsī Tūsī, más conocido en la transcripción Firdūsī (935-1025), en el *Shāh-Nāmeḥ* (o *Shāh-Nāmé*, literalmente «El libro de los Reyes»), una extensa obra poética escrita en torno a 1000 d.C. que constituye el *epos* nacional de la lengua persa. El *Shāh-Nāmeḥ* (Ferdowsi 2014) cuenta el pasado mítico e histórico de su país, Irán, desde la creación del mundo hasta la conquista islámica en el siglo VII. Según Ferdowsī, el sabio que inventó el juego del ajedrez, un hombre llamado Sissa ibn Dahir, se lo regaló a un gran monarca indio. El rey, admirado y agradecido, le pregunta al sabio cómo podría recompensarlo, y el sabio respondió:

perta, e cioè dagli indefiniti enunciati che un semplice calcolo matematico gli permette di concepire», (Eco 1993: 293).

17. Una réplica de la máquina de calcular de Leibniz (*Instrumentum arithmeticum*), realizada por N. J. Lehmann, se muestra en el más grande *Computermuseum* del mundo, el Heinz Nixdorf MuseumsForum (Paderborn) y se pudo ver en una exposición del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, dedicada al Any Llull, titulada «La máquina de pensar: Ramon Llull y el *ars combinatoria*»; allí se desarrollaba este actual aspecto del sistema luliano que tanto entusiasmo ha producido y produce no solo en el mundo de las artes plásticas (Vega 2016). Aunque se viene haciendo una superficial crítica y rechazo a esta visión de Llull y su fecunda historia, también es cierto que «Llull no quiso crear una “máquina de pensar”, pero fue recibido así. No podemos mostrarnos ciegos a esa recepción» (Amador Vega, comisario de aquella exposición, en una entrevista en el diario *La Vanguardia*, 13-7-2016).

18. Cf. Bonner (1994).

«Dame un grano por la primera casilla del tablero de ajedrez, dos por la segunda, cuatro por la tercera y así, duplicando el número, sucesivamente hasta la última casilla del tablero». El rey quedó admirado de tanta modestia. Pero se puede suponer cuál fue su sorpresa cuando vinieron sus servidores y le comunicaron que todos los graneros del reino no eran suficientes para satisfacer la demanda del sabio. La cuenta es fácil de hacer: para la última casilla, que es la sesenta y cuatro, resulta un número de granos igual a dos multiplicado 64 veces por sí mismo, lo cual da como resultado dieciocho mil millones de millones de granos. Si un grano pesa un gramo, resultan unos diez mil millones de toneladas de grano. Y eso solo considerando la última casilla de un reducido tablero de ajedrez. Dante Alighieri en el canto 28 del *Paradiso* (v. 92-93) utiliza esta leyenda para decir «muchos y muchos» o describir la cifra infinita:

Ed eran tante, che 'l numero loro
Pìù che 'l doppiar de li scacchi s'inmilla¹⁹

¿Qué viene a significar el hecho fascinante que de cosas tan pequeñas pueda surgir un número tan grande? Significa una cosa muy simple que es punto de partida de la reflexión luliana, su *Arte grande*, y de todos aquellos que lo siguieron: el número de combinaciones es generalmente mucho más grande de cuanto uno puede imaginar instintivamente. Combinando unas pocas cosas simples, se puede obtener una interminable, amplia, infinita inmensidad y vastedad de cosas, cosas que pueden ser arbitrariamente varias y complicadas. Pero, más allá del número de combinaciones, lo que llena de asombro y deja al pensador atónito es su variedad. Observando la naturaleza en nuestro entorno se nos abre un horizonte de sorpresas y (en terminología luliana) de maravillas. Podemos comprender que aquello que aparece a nuestros sentidos no está generado por un reducido número de partículas que interactúan y se combinan a través de unas pocas fuerzas elementales. No hay nada fijo en el mundo, todo es relacional. Lo es en la física, pero también en la ciencia en general, y en otras disciplinas, como la filosofía, la biología y la psicología. Las pocas teselas o azulejos de este simple e inmenso mosaico producen, además de bosques y montañas, cielos estrellados y hasta los

19. Dante (2011: 308). «Y eran tantas que su número superaba mil veces al producido por la multiplicación de las casillas de un tablero de ajedrez». En la traducción de Ángel Crespo (600): «y el número era tal que superaban / a ajedrez que, al doblarse, es enmulado».

bellos ojos de una dama. Todas las estrellas que vemos tienen planetas. Hay 100.000 millones de estrellas en 100.000 millones de galaxias, y cada una de ellas está rodeada de planetas, igual que nuestro Sol. Así que somos pequeñísimos en la inmensidad. No somos especiales. Y, aunque no hay forma de probarlo, es muy probable que no estemos solos. Digamos que aunque nos veamos únicos no somos algo extraño en el universo.

La inmediata y primaria intuición de la inmensidad del espacio abierto por la complejidad ya la había visto Demócrito hace más de veinticuatro siglos. Demócrito había entendido bien que la entera naturaleza podía estar constituida solo de átomos, y escribió que son las combinaciones de los átomos las que generan la complejidad de la naturaleza, «así como las combinaciones de las pocas letras del alfabeto pueden generar comedias y tragedias, poemas épicos e historias cómicas».²⁰

El espacio de aquello que puede existir es mucho más grande de aquel muy reducido espacio, de aquello que captamos como existente y podemos abarcar. Rovelli pone como ejemplo las proteínas que forman la estructura de todos los seres vivos terrestres: una proteína es más o menos una secuencia de algunas decenas de aminoácidos, y los aminoácidos son una veintena. Inmediatamente uno puede tener la ocurrencia de querer producir todas las proteínas posibles y estudiarlas, lo cual permitiría conocer todas las posibles estructuras de la materia viva, e incluso anticipar la evolución de la vida terrestre en el futuro. Pero nos encontraríamos con un problema insoluble. Se pueden hacer enseguida las cuentas del número inmenso de combinaciones de una veintena de aminoácidos encadenados con algunas decenas de elementos. Si se lograra producir una proteína diversa cada segundo, la vida entera del universo no sería suficiente para producir una pequeña parte de todas las proteínas posibles. En otras palabras, el espacio de las estructuras posibles de la vida está todavía inexplorado no solo en nuestras entenderas, sino en la estructura de la misma naturaleza. Este número cuantifica el inmenso espacio de lo pensable, la *Taula general* luliana,

20. Según Aristóteles, en su *Metafísica* (lib. I.4), Demócrito, en efecto, parece haber establecido una analogía explícita entre átomos y letras. Pero hay otro fragmento de Demócrito, citado por Borges en un ensayo titulado «La Biblioteca Total», publicado en el número de la revista *Sur* en 1939, donde medita acerca de la idea de la biblioteca infinita (su «Biblioteca de Babel»), en el que se dice que todos los libros están contenidos en potencia en las letras del alfabeto: «Una tragedia y una comedia están hechas con las mismas letras», frase citada también por Aristóteles en *De la generación y la corrupción* (I.8).

espacio del que no hemos explorado ni siquiera un pequeño punto en el infinito.²¹

Nuestra razón recula y se arruga frente a tanto número y a la interminable variedad generada por las combinaciones. Como el rey de la historia persa, parece imposible que combinando cosas simples puedan surgir tantas cosas y tan complejas. Por eso parece tan inconcebible que cosas tan complicadas como la misma vida y nuestro pensar puedan surgir de cosas tan simples. Y esto porque instintivamente infravaloramos las cosas simples y sencillas. No las creemos capaces de tanto. ¡Números producidos por granos en un tablero de ajedrez no pueden vaciar los graneros de todo un reino! Pero la realidad es tozuda y sabemos que es así.

Podemos afirmar con toda seguridad que la vida es lo más complejo de todo lo que conocemos del universo. Y dentro de la realidad viviente es el ser humano la estructura más complicada en ese mismo universo. Pero no se puede descartar que exista una estructura vital más enrevesada que el hombre mismo, tan compleja que supere nuestra posibilidad de entender y que nunca podamos llegar a comprenderla. Posiblemente el cosmos esconde profundos misterios imposibles de ser captados por el intelecto humano y estarán para siempre fuera de nuestras entendederas. El gran problema de la ciencia hoy en día es que los científicos quieren hacer frecuentemente de filósofos, y no lo son, o de artistas, y tampoco. Los científicos son materialistas, concretos, prácticos, solo creen en lo que tocan, analizan, deducen, siempre con lo que tienen entre las manos, y por suerte son creativos en la elección de las soluciones. Pero nuestra ciencia y el ser humano ante el mundo inmenso, enorme, están rebosantes de aspectos muy importantes que ni se ven ni se tocan ni se sabe por qué se producen, que van incluso contra el mandamiento natural de su animalidad. Los científicos también se extrañan de que tantos millones de personas creamos en la existencia de Dios, un ser tan presente que no se toca ni se ve en el microscopio.

El *Arte grande* de Ramón nos ayuda a aceptar lo maravilloso, es la conciencia del significado temporal de lo infinitamente inexplicable, pues, en

21. Es necesario precisar, sin embargo, lo que ya Platzeck (1972) se esfuerza en mostrar, que Ramon Llull no hizo jamás ese cálculo y que Leibniz, al hacerlo, solo quería evidenciar las inmensas posibilidades de la combinatoria luliana. Está claro que la *Taula general* del arte combinatoria luliana cuenta con 1.680 combinaciones, una limitación que Leibniz critica, pero que era conscientemente querida por Llull, para quien su arte tenía la función de un *ars memorativa*, un sistema reducido de modelos de pensar y fácil de recordar para el artista luliano.

efecto, lo inexplicable dura tanto tiempo como tarda en encontrarse la explicación, extensible también a lo que nos «parece casual» pues también lo parece hasta que se conocen las causas. Por eso es inaceptable que los científicos nos hablen de los infinitos «golpes de suerte» por los que se va construyendo, por casualidad, nuestro inmenso universo, y es obligado que solo nos cuenten lo que ocurre; si es casual o no lo es, ya se irá descubriendo con el tiempo.

Rovelli apunta que, cuando nacemos, nuestro cerebro es como un ordenador sin datos o una página en blanco. Para poder ejecutar su trabajo y desarrollar la inteligencia necesita dos cosas: información y un lenguaje que la codifique. La información es la que captan nuestros sentidos: las imágenes, los sabores, las sensaciones y los sonidos. Tanto el hombre como los animales poseen varias formas primarias de procesar información; comparando las imágenes que observan con otras guardadas en la memoria. Pero el hombre posee una codificación extra que no tiene ningún otro: el lenguaje, el *affatus* luliano (*Liber de sexto sensu i. e. de affatu*). ¿Qué hacemos realmente cuando pensamos? Pues hablar con nosotros mismos. El hombre piensa con imágenes y con palabras. Esta codificación extra es lo que desarrolló nuestra inteligencia. Creamos y recolectamos información y poseemos el lenguaje, una codificación fuera de serie para procesarla.

Aquel espacio interminable abierto por la combinatoria, el *Arte grande* de Raimundo, si algo pretendía, era comprender la grandeza e inmensidad de lo inteligible a través de la sencilla visualidad de sus simples elementos fundamentales: sus *començaments*, sus *principia*. Esos principios son, de entrada, lo único que le interesa conocer a Llull. Pues, para Llull, ir preguntando es una manera de hacer ciencia y, también, una manera de definir, delimitar lo que se va conociendo. Las cuestiones lulianas parecen llevar la respuesta en la misma pregunta, pues la serie de preguntas (*quid, de quo*, etc.) es el camino para alcanzar el saber que no sabemos, y el esfuerzo por formular la *quaestio* obliga a pensar mejor el camino real del progreso de la ciencia. El *Arte grande* de Ramon todo lo cuestiona, un canto de optimista esperanza multiplicando (¿hasta el infinito?) las opciones del tablero, la *taula general*.²²

22. Tampoco hay que olvidar, en este contexto, que el sistema luliano tiene como base la creación divina, cosa que el *Arte grande* pretende mostrar y ordenar en un «tablero» accesible a nuestro limitado y discursivo entender. Un instrumento que no se muestra infinito pero que no es menos fecundo y universal para comprender la exuberancia infinita del Dios uno y trino, creador y recreador del mundo. «Razionalità che Lullo si affatica a fare emergere, più

5. UN MUNDO UNO Y DIFERENTE. RAZÓN Y FE

Ramon Llull pretende que lo real se corresponda con lo ideal, y también que lo real se fundamente y se explique por lo ideal; hacer ver que leyes del mundo objetivo son paralelas a las del mundo subjetivo; que de la idea se deduce la realidad, o mejor, que la idea es la entidad más real y más fecunda. Los términos y categorías lógicas no son huecas abstracciones, en ellas se ve —como en un espejo— algo real, permanente y eterno: las perfecciones divinas. Es lícito el tránsito del ser al conocer y también la convicción de que todo lo que tiene que ser es. Los atributos divinos abrazan todas las criaturas y las reducen a una unidad. Su *Arte grande* (y general) es un tejido de nociones, principios y máximas universales por las cuales se explica todo lo particular y lo relativo. Por eso, el que comprende lo universal lo comprende todo: las ciencias no son múltiples, preexiste una ciencia universal con principios universales, que contiene en sí todos los principios y lleva en germen todas las ciencias particulares.

Esta impresionante concepción de la ciencia, una y transparente, se impone en Llull como necesidad absoluta. La unidad sobre todo. Unidad en el conocer y unidad en el ser. Pero debajo de esa unidad están la variedad y la diversidad: necesarias, ricas e inagotables. En Lullio las diferencias se reducen a unidad, pero no se destruyen en la unidad, y en virtud de esa unidad subsisten diferentes. Las cosas se mezclan sin confundirse. La unidad asienta sus reales pero no absorbe ni devora la variedad, lo múltiple. Todo es uno y diferente. Y porque todo es uno, es posible la constitución de la ciencia universal, y porque todo es diferente, tienen su razón de ser y, debajo de ella, todas las ciencias particulares. Las ramas del *Árbol de la ciencia* son infinitas, su tronco es uno solo. Habrá muchos árboles, pero uno será el bosque. Y no hay que plantarse ante un árbol (la parte) porque no te dejará ver el bosque (el todo).

La diferencia es (está en) la médula de todo lo que existe, empezando en la divina *agentia* suprema. La diferencia en Dios se llama trinidad que en su actividad interna hace que todo en él, y todo lo que él es, sea activo y agente.

che “dimostrata” nel senso della filosofia moderna, pare piuttosto “mostrata”, quale naturale esplosione della fecondità dell’infinito, la cui logica attraversa e tiene insieme le pagine bibliche»; Todisco (2012: 507), citado por Muzzi & Calpe (2016: 569).

La [diferencia substancial] es la fuente y el río de donde nacen y derivan todas las diferencias que hay en las cosas.²³

Ya hemos apuntado que Lulio habla de su método en términos de «iluminación». Esta referencia a un don divino le permite ahorrarse, durante toda su larga vida y en toda su inmensa obra, toda referencia o reverencia a las autoridades de la Sagrada Escritura, de la patrística y de la filosofía, y de atribuir al rigor intelectual todo lo que se deduce o se induce por medio de la razón. Lulio está convencido de no necesitar autoridades para legitimar su saber ni para demostrar la viabilidad de su proyecto fundamentado en la prioridad gnoseológica del hacer sobre el ser. Para hacerlo más comprensivo y fácil de recordar cambia dos proposiciones de las más clásicas en la filosofía: allí donde todos dicen *operatio sequitur esse* («el ser precede a la acción»), Lulio dice *esse sequitur operationem* («la acción precede al ser»). Primero se hace algo y luego ese algo es. El hacer es antes del ser, o todavía más claro, ser es hacer. El acontecimiento antes que la cosa. Por eso se inventa toda una terminología que atiende a la acción, a la *agentia*, al *agere* al *actus* (Sala-Molins 1974), y para eso inventa también su doctrina básica de los correlativos.²⁴

En ese universo luliano la pluralidad de los seres particulares, de los géneros y de las especies está dominada por (o enraizada en) un proceso constante de unificación.²⁵ En el mundo la unidad y compenetración de las cosas aparentemente distintas y separadas no sucede ocasionalmente y en situaciones especiales. La unidad no es un concepto estático o una cualidad definitiva, la unidad es, sobre todo, un proceso inherente a la realidad que se realiza siempre y en todas partes. Todo en el universo tiende a conjuntarse, a organizarse, a contribuir a un efecto o acción común aún a pesar y a través de todos los movimientos centrípetos, diversificaciones y aberraciones. En el conjunto del cosmos y en cada una de sus partes existe siempre un algo que va realizando activamente esa unificación según cada momento de ese real y efectivo proceso de unión. Esto ocurre en los procesos más elementales de la materia, en la vida vegetal de las plantas, en la convivencia animal, en todas las manifestaciones de la vida humana, sean estas de orden

23. *Ars ad faciendum et solvendum quaestiones* (MOG V: 385).

24. *Liber correlativorum innatorum* (ROL VI: 127-152). Cf. Gayà (1979).

25. Cf. p. e. *Ars mystica theologiae et philosophiae*, dist. II, cap. 1 y dist. III, c. 1: De unitate unissima (ROL V: 292-296 y 344-346); *Liber de scientia perfecta*, dist. I: unificentia (ROL I: 224). Vid. en este contexto Sala-Molins (1974: 97-218).

religioso, moral, jurídico, social o político, y también en la vida interna de Dios desde sí mismo, consigo mismo y para sí mismo. La unificación como proceso interactivo vital de todo el cosmos, es decir, la re-union de la diversidad del caos en una suprema unidad —en una unidad «unísima»— es una dinámica que nace en Dios y desde su origen es activa y permanente hasta volver a esa unidad original. El hombre está invitado a participar e integrarse en este real y dinámico proceso, pero solo puede integrarse en él a través de una decisión libre de su voluntad; mientras todo el cosmos participa necesariamente en ese proceso, solo el hombre ha de entrar en él desde su más genuina cualidad de ser libre e inteligente.

Lo que puede significar para el hombre el proceso de unificación de lo plural solo puede ser comprendido, según Llull, si el hombre mismo sin apremios externos se decide libremente a participar como parte activa y pasiva de aquel proceso en el que la unión se va realizando y actuando. Es, en resumidas cuentas, un acto de amor a Dios, dinámico origen y fin de ese proceso. En el pensamiento luliano no hay lugar a biparticiones o compartimentos indivisibles e incommunicables. El amor aparece siempre como razón de ser y última instancia del conocer.

Llull, obsesionado por la unidad y la concordia, no ofrecía una solución definitiva a todos los problemas que aquejaban a la pluralidad social y religiosa de su tiempo ni tampoco un remedio milagroso que lograrse, por arte de magia, una concordia inmediata. Pero, cuanto más penetramos en su obra, entendemos mejor que aquello que él pretendía era lograr que en aquel su mundo —el suyo, no otro (el nuestro), aquel que él encontró al nacer y en su itinerario vital— hombres de diferente origen luchasen por unirse en un programa de futuro común sin sacrificar su razón ni renunciar a su libertad. La dinámica de su pensamiento tiende claramente a unir, a limar todas las diferencias que separaban a los hombres de su época. No se puede alinear a Raimundus Lullus entre los pensadores que pretenden separar y dividir. La vida no estaba limitada al mundo vegetal, a los animales o al compuesto humano; en lo más elemental de la materia descubre y resalta la activa fuerza de los elementos y sus combinaciones para mostrar que nada, ni siquiera las piedras, están inactivas. Y por encima de la realidad cósmica distinguía él formas diversas de actividad espiritual: la una, unida a las impresiones de los sentidos y de la imaginación, y la otra, liberada de esas ataduras; una que aceptaba creyente la manifestación de Dios a través de su palabra y otra que se identificaba con ella entendiéndola. Pero para Lulio esas dobles realidades no se excluyen; ni el ser ni el pensar, ni la materia y el espíritu, ni la reali-

dad sensual o intelectual, ni la realidad finita y eterna están en oposición, sino unidas en una misma realidad comprensible por la fe y la razón.

El rechazo de toda bipartición que pudiera impedir la unión de toda la realidad no admite, sin embargo, fáciles interpretaciones. Para Raimundo, en el amor no es la unión el único criterio. En él reina siempre y se define inconfundible en todo momento la diferencia. Se ha dicho que Llull es el primer filósofo de la diferencia.²⁶ En efecto, no se trata de confundir y mezclar. Al contrario: donde vive el amor se distingue siempre entre el amador o los amadores y el amado, y se distingue también entre el amado y el amador la realidad distinta de su amor. Los amadores no deben devorar al amado, en su amor común han de conservar tanto su personalidad de amadores y amados como aceptar su diferente condición sin mixtificaciones ni desaparición del uno en el otro. Esta afirmación de la diferencia distingue la mística lulliana de toda mística de unión total y desaparición o confusión del otro en el amado. Las dos realidades no desaparecen en esa unión, sino que conservan intactas su estructura diferencial. La diferencia es su razón de existir, como también es su principio de individuación. Según Llull, aunque exista una unión profunda entre ser y pensar, materia y espíritu, mundo sensual y mundo espiritual, verdad sobrenatural creída y verdad natural racional, cada una de esas partes tiene una existencia propia y diferencial. No existiría unión si no existiese la diferencia.²⁷

Detrás de toda esta intuición inicial y profunda está la, para Llull, indiscutible y necesaria unión del entendimiento de la naturaleza y el entendimiento de Dios. Una separación de estos dos «entenderes» es inadmisibile. Todo se entiende en ese todo. Llull estaba convencido de que la presencia de la naturaleza en Dios y la presencia de Dios en la naturaleza se corres-

26. Vladimir Jankélévitch, *Préface* (Sala-Molins 1974: 7). El primero en resaltar este aspecto fundamental del pensamiento lulliano fue Menéndez Pelayo (1933: 381): «La unidad sobre todo: unidad en el conocer, unidad en el ser, todos en mí y yo en todos los otros, y debajo de esta unidad, variedad y diversidad riquísimas e inagotables. Porque la unidad en Lulio no es unidad panteísta, tiránica y devoradora como la hidra de la fábula. En Lulio, las diferencias se reducen a unidad, pero no se destruyen, antes se razonan por medio de la Unidad, y en virtud de ella subsisten, y las cosas se mezclan sin confundirse, y la Unidad triunfa y pone su silla, pero no absorbe ni devora a lo vario y a lo múltiple, porque esa Unidad no es la identidad de los contrarios, ni es el cero, ni se traduce con la fórmula fichtiana $A = A$, ni con la fórmula schellingiana *todo es uno y lo mismo*, sino con esta otra fórmula, de sentido tan racional y tan comprensivo: *TODO ES UNO Y DIFERENTE*».

27. Cf. la introducción de Marta M. M. Romano al *Ars amativa boni* (ROL XXIX: 84-87).

pondrían en un único acto de entender.²⁸ Por eso entender a Dios comenzaba por entender la naturaleza, pues sin ese paso inicial sería todo conocimiento humano una inútil tarea. La unión del entendimiento del cosmos con el entendimiento de la realidad divina era también el camino real para lograr todo lo que parecía imposible: la división entre los hombres, sobre todo las diferencias entre gentiles, judíos, cristianos y musulmanes serían así franqueables. Las verdades de cada confesión o creencia no podían conducir a una concordia. Cada una de esas creencias se fundamentaba en escritos, que los otros no reconocían como tales. Por eso los hombres estaban necesariamente obligados a hacer uso de aquello que era común a todos: la razón humana, y aprender a comprender todo «de modo natural».²⁹ Por eso en la filosofía (evidentemente) teológica luliana todo se fundamenta sobre aquello que el hombre puede llegar a comprender a la luz de su razón natural y no sobre aquello que sin fundamento racional se cree por la fe. Llull estaba convencido de que no era posible llegar a comprender tanto a través de la fe como se podría llegar a comprender a través de la razón. Y allí donde todo el mundo menciona las palabras de Isaias (7, 9) «si no creéis no entenderéis», Lulio dice que «si no entendéis, no podéis creer». Y aquí va una serie de frases sacadas de sus obras que lo dejan meridianamente claro: «Nunca se puede saber tanto a través de creer, como se puede saber a través de entender».³⁰ Y también: «Crear no puede destruir una prueba que ha dado entender»;³¹ «porque la ciencia se hace entendiendo, no creyendo»;³² «la fe, es decir, la creencia y la opinión infundada, es una enfermedad del entendimiento y entender es la medicina para curarla»;³³ «el humano entender está más cerca de Dios que el creer; y esto porque creer está en camino y entender ya ha llegado».³⁴

28. Cf. *Liber de scientia perfecta* (ROL I: 228): «A través de la naturaleza de las plantas y de los animales podemos adquirir ciencia de la naturaleza divina, despojando a la naturaleza divina de la naturaleza de las plantas y de los animales, negando en la divina naturaleza el movimiento de mutación, aumento y alteración, sin cuyo movimiento no puede existir la naturaleza en las plantas y en los animales. Conocemos pues la divina naturaleza despojada de la naturaleza creada».

29. *Liber de modo naturali intelligendi* (ROL VI: 185-223).

30. *Liber de modo naturali intelligendi* (ROL VI: 218).

31. *Liber de consolatione eremitae* (ROL I: 99).

32. *Liber de consolatione eremitae* (ROL I: 109).

33. *Liber de medio naturali* (ROL I: 205).

34. *Liber de perseitate Dei* (ROL II: 151).

Con esta filosofía Llull desafiaba a cristianos y no cristianos, pues se saltaba las fronteras aceptadas hasta aquel momento entre la razón y la fe. Los problemas entre razón y fe que parecían insalvables y prejuizaban sus contornos no son para Llull insalvables. Es más, esa aparente oposición se convierte en armonía. Llull aceptaba la diferencia entre ambas, pero no aceptaba las cortapisas que venía poniendo la autoridad teológica del momento. Llull estaba convencido de que era posible y necesario demostrar con la razón natural que Dios es la expresión suma del amor en el que todo sucede y a través de quien todo sucede. Solo admite la diferencia entre la realidad divina que actúa, la realidad en que ese acto sucede y la unión que naturalmente se sigue entre esa acción y esa pasión. El Dios de la filosofía teológica luliana era, por eso, de alguna manera trinitario. Aunque bien sabía que la exposición de este dogma en el contexto de su filosofía no podía expresar todo lo que el Nuevo Testamento cristiano dice sobre el misterio del Padre, Hijo y Espíritu Santo. Llull entendía, sin embargo que filosofía y teología podrían concordar en el amor, por eso suponía también que la necesidad de la encarnación del Hijo de Dios por la que se realizaba la unión con el mundo por Él creado podía ser comprendida de alguna manera por la razón natural.³⁵

Su último libro, el *Liber* (¡nada menos!) *de Deo et de mundo*, escrito en Túnez poco antes de su muerte, termina con unas frases que son quintaesencia y resumen de toda su obra:

la principal razón por la que el hombre existe es para conocer a Dios entendiéndolo y no para amar a Dios creyendo, y aquel que prefiere tener más mérito creyendo que entendiéndolo, se ama más a sí mismo que a Dios, y hace un dios de sí mismo, a su imagen, a su medida, según su imaginación y su fantasía (*et facit de se ipso deum phantasticum*). En verdad se puede decir que este dios, producto de su fantasía, es un ídolo (*deum phantasticum appellare idolum potest homo*). Y también dijo Raimundo que la fe no desaparece si se puede demostrar a Dios pues la fe es una herramienta que ayuda a entender (*instrumentum positivum ad intelligendum*). (ROL II: 371)

35. «Y por tal doctrina y ciencia se han de alegrar los cristianos, que creen que Cristo es Dios hombre. Y en este hombre participan de la divina unidad, bondad, etc. de modo natural con todas las criaturas; pues el hombre participa en su género con todas las criaturas de modo natural. Y por eso se dice que el hombre es de manera absoluta un pequeño mundo (*minor mundus* [i.e. microcosmos]), pero solo porque Cristo hombre por la encarnación es un mundo mayor (*maior mundus* [i. e. macrocosmos]), pues él es causa, fin y descanso (*causa. finis et quies*) de todo el mundo», *Liber de fine et maiortate* (ROL II: 69). Cf. Domínguez (2009).

Más claro, agua. Ramon Llull llama la atención sobre un Dios fantástico construido por los creyentes a imagen y semejanza de su debilidad mental. Toda auténtica religión, toda auténtica piedad o teología ha de ser un esfuerzo continuo, una lucha contra lo ideológicamente añadido, contra la idolatría, contra las falsas imágenes de Dios. Todos los creyentes, judíos, cristianos o musulmanes adoran ídolos, son idólatras si se niegan a entender lo que creen. Es decir, si no abren el horizonte de su entender a la realidad infinita que se descubre y se intuye en su tablero, en su *Ars magna*, en su *Arte grande*.

Pongamos fin a estas consideraciones sobre la actualidad del arranque filosófico luliano. En fin, no sabemos si Ramon Llull ha inventado un nuevo modo de discurrir, un nuevo modo de plantearse la creencia en Dios, pero lo ha intentado. Una tentativa audaz que cada uno ha de juzgar, como quiera y le convenga, pero no sin antes estudiarla. Alonso de Zepeda, en su traducción al castellano del *Arbor scientiae*, hace más de tres siglos lo apunta-ba acertadamente cuando aconsejaba así al lector:

Primeramente que no hàs de buscar en la obra lulliana la Rhetorica eloquencia, ni los tropos ni figuras que la sirven de adorno, que no las ay [...] Y si encontrares algunos axiomas y períodos difíciles y no puedes comprehender su sentido, no culpes al Maestro [Raymundo] ni te arrogas luego a condenar la obra, porque en esto te confirmarás por ignorante, cuya propiedad es menospreciar todo lo que sobrepuje la cortedad de su ingenio. Y assi procede con atención; y si no puedes comprehender el sentido de alguno de los lugares, que leyeres, passa adelante [...] y creo, que por no saber valerse de esta máxi-ma muchos juzgan por errores de la ciencia, los que lo son de su negligencia. (*Árbol de la ciencia*, 1663: [2-3])

BIBLIOGRAFÍA

I. Obras de Ramon Llull

- Árbol de la ciencia de el iluminado maestro Raymundo Lulio. Nuevamente traducido y explicado por el teniente de maestro de campo general don Alonso de Zepeda y Adrada, governador de el Thol-huys, etc.*, Bruselas: F. Foppens, 1663.
Arbor scientiae, Pere Villalba Varneda, ed., ROL XXIV-XXVI, 2000.

- Ars ad faciendum et solvendum quaestiones*, Franz Philipp Wolf, ed., MOG V, 1731, Int. v [359-716].
- Ars amativa boni*, Marta M. M. Romano, ed., ROL XXIX, 2004.
- Ars mystica theologiae et philosophiae*, Helmut Riedlinger, ed., ROL V, 1967, 285-466.
- De contemplatione Raimundi*, Theo Pindl-Büchel, ed., ROL XVII, 1989, 395-429.
- Declaratio Raimundi per modum dialogi edita contra aliquorum philosophorum et eorum sequacium opiniones erroneas et damnatas a uenerabili patre domino episcopo Parisiensi*, Theo Pindl-Büchel, ed., ROL XVII, 1989, 249-402.
- Disputatio eremitaie et Raimundi super aliquibus dubiis quaestionibus Sententiarum Magistri Petri Lombardi*, Franz Philipp Wolf, ed., MOG IV, 1729, Int. iv, [225-346].
- Disputatio quinque hominum sapientium*, Viola Tenge-Wolf, ed., ROL XXXV, 2014, 375-404.
- Félix o Libro de maravillas*, Julia Butiñá & Fernando Domínguez Reboiras, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2016.
- Liber correlativorum innatorum*, Helmut Riedlinger, ed., ROL VI, 1978, 127-152 [trad. al castellano: José Higuera, *Libro de los correlativos*, Madrid: Trotta, 2008].
- Liber de civitate mundi*, Johannes Stöhr, ed., ROL II, 1960, 173-201.
- Liber de consolatione eremitaie*, Johannes Stöhr, ed., ROL I, 1959, 107-120.
- Liber de Deo et de mundo*, Johannes Stöhr, ed., ROL II, 1960, 341-377.
- Liber de Est Dei*, Fernando Domínguez Reboiras, ed., ROL XXI, 2000, 28-58.
- Liber de fine*, Alois Madre, ed., ROL IX, 1981, 249-291.
- Liber de fine et maioritate*, Johannes Stöhr, ed., ROL II, 1960, 62-69.
- Liber de gentili et tribus sapientibus*, Óscar de la Cruz, ed., ROL XXXVI, 2015, 231-476.
- Liber de homine*, Fernando Domínguez Reboiras, ed., ROL XXI, 2000, 152-301.
- Liber de medio naturali*, Johannes Stöhr, ed., ROL I, 1959, 205-217.
- Liber de modo naturali intelligendi*, Helmut Riedlinger, ed., ROL VI, 1978, 187-223.
- Liber de perseitate Dei*, Johannes Stöhr, ed., ROL II, 1960, 151-160.
- Liber de praedicatione*, Abraham Soria Flores, ed., ROL III-IV, 1961-1963.
- Liber de sancta Maria*, Blanca Garí, ed., ROL XXVIII, 2002, 1-241.
- Liber de scientia perfecta*, Johannes Stöhr, ed., ROL I, 1959, 223-232.
- Liber de sexto sensu i. e. de affatu*, Viola Tenge-Wolf, ed., ROL XXXV, 2014, 128-150.
- Liber de voluntate*, Jordi Gayà, ed., ROL XX, 1995, 243-282.
- Liber super quaestiones Magistri Thomae Attrebatensis*, Opera parva V, Mallorca: Pere Antoni Capó, 1746, Int. iv.
- Llibre de contemplació en Déu*, vol. I, Antoni I. Alomar, Montserrat Lluch, Aina Sitges & Albert Soler, eds., NEORL XIV, 2016.
- Lo desconhort*, Salvador Galmés, ed., ORL XIX, 1936, 217-254.
- Romanç d'Evast e Blaquerma*, Albert Soler & Joan Santanach, eds., NEORL VIII, 2008.
- Vita coetanea*, Hermogenes Harada, ed., ROL VIII, 1980, 271-309.

II. Referencias bibliográficas

- AURELIUS AUGUSTINI (1887). *De vera religione*, Jacques Paul Migne, ed., Patrologiae Cursus Completus: Series Latina, vol. 34, Paris: Garnier.
- BONNER, Anthony (1994). «Ramon Llull: relació, acció, combinatòria i lògica moderna», *SL* 34, 51-74.
- BORGES, Jorge Luis (1971). *Ficciones*, Madrid: Alianza Editorial.
- DANTE ALIGHIERI (2011). *La commedia di Dante Alighieri. Paradiso*. Con il commento di Robert Hollander, Firenze: Olschki [Dante, *Divina Comedia*, Introd., trad. en verso y notas de Ángel Crespo, Barcelona: Planeta, 1983].
- DOMÍNGUEZ REBOIRAS, Fernando (2009). «Causa, finis et quies huius mundi: el discurso cristológico de Raimundo Lulio en Messina», en Carolina Miceli & Agostina Passantino, eds., *Francescanismo e cultura nella provincia de Messina. Atti del Convegno di Studio. Messina 6-8 Novembre 2008*, Palermo: Biblioteca Francescana – Officina di Studi Medievali, 95-123.
- (2015). «Dios, el mundo y el hombre según Ramon Llull», *Revista de Llenguas y Literatures Catalana, Gallega y Vasca (Anuario de filología catalana, gallega y vasca)* 20, 245-258.
- ECO, Umberto (1993). *La ricerca della lingua perfetta*, Bari: Laterza.
- FERDOWSI, Hakim Abol Ghasem (2014). *Shahnameh o El Libro de los Reyes*, Beatriz Salas de Rafiee, trad., 2 vols., Teherán: Instituto de Estudios Islámicos.
- GAYÀ, Jordi (1979). *La teoría luliana de los correlativos*, Palma de Mallorca: edición del autor.
- (1995). «Significación y demostración en el *Libre de contemplació* de Ramon Llull», en Fernando Domínguez Reboiras, Ruedi Imbach, Theodor Pindl & Peter Walter, eds., *Aristotelica et Lulliana magistro doctissimo Charles H. Lohr septuagesimum annum feliciter agenti dedicata*, Steenbrughe – Den Haag: Abbatia Sancti Petri-Martinus Nijhoff International, 477-499.
- (1996). «El arranque filosófico del Ars luliana», en Fernando Domínguez Reboiras & Jaime de Salas, eds., *Constantes y fragmentos del pensamiento luliano. Actas del simposio sobre Ramon Llull en Trujillo 17-20 septiembre 1994*, Tübingen: Niemeyer, 1-8.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1933). «Ramón Lull (Raimundo Lulio), Discurso leído el día 1.º de mayo del año 1884 en el Instituto de las Baleares», en *La ciencia española*, vol. II, Madrid: Suárez, apéndice III, 367-386.
- MUZZI, Sara & CALPE, Xavier (2016). «Ramón Llull visto por Xavier Zubiri: el Ars Magna como lógica espiritual y como método de misión», *Estudios Franciscanos* 117, 543-586.
- PLATZECK, Erhard W. (1972). «Gottfried Wilhelm Leibniz y Raimundo Llull», *EL* 16, 129-193.
- RICKLIN, Thomas (2011). «“Ubique relinquamus signa laetitiae, quoniam haec est pars nostra et haec es sors” (Sap. 2, 9). Mutmaßungen zur ersten *Distinctio* des

- Libre de contemplació* des Ramon Lull», en Fernando Domínguez Reboiras, Viola Tenge-Wolf & Peter Walter, eds., *Gottes Schau und Weltbetrachtung. Interpretationen zum Liber contemplationis des Raimundus Lullus*, Turnhout: Brepols, 101-121.
- ROVELLI, Carlo (2016). «L'eremita che immaginò il computer», *Corriere della Sera* (9-11-2016), Supplemento dominicale *La lettura*, 5.
- SALA-MOLINS, Louis (1974). *La philosophie de l'amour chez Raimond Lulle*, Paris-La Haye: Mouton.
- SUGRANYES DE FRANCH, Ramon (1960). «Els projectes de creuada en la doctrina missional de Ramon Lull», *EL* 4, 275-290.
- TODISCO, Orlando (2012). *La libertà, fondamento della verità. Ermeneutica francescana del pensare occidentale*, Padova: Messagero.
- VEGA, Amador (2016). «Estètica i poètica de l'*ars combinatoria*», Catálogo de la exposición «La màquina de pensar i l'*ars combinatoria*», Barcelona: Centre de Cultura Contemporània, 40-55.